

SOCORRO MUTUO

El suscriptor que, hallándose en las condiciones reglamentarias, fuese baja para su trabajo habitual por enfermedad ó por accidente, será socorrido por EL RADICAL con una pensión diaria de DOS PESETAS. En caso de fallecimiento, su familia recibirá CIENTO PESETAS.

Los vendedores y paqueteros disfrutaban los mismos beneficios, en igualdad de condiciones. Léase el Reglamento.

APARTADO 282

Redacción, Administración é Imprenta, O'Donnell, 6

Fundador-gerente: Alejandro Lerroux y García

Viernes 21 Marzo 1913

SUSCRIPCIÓN

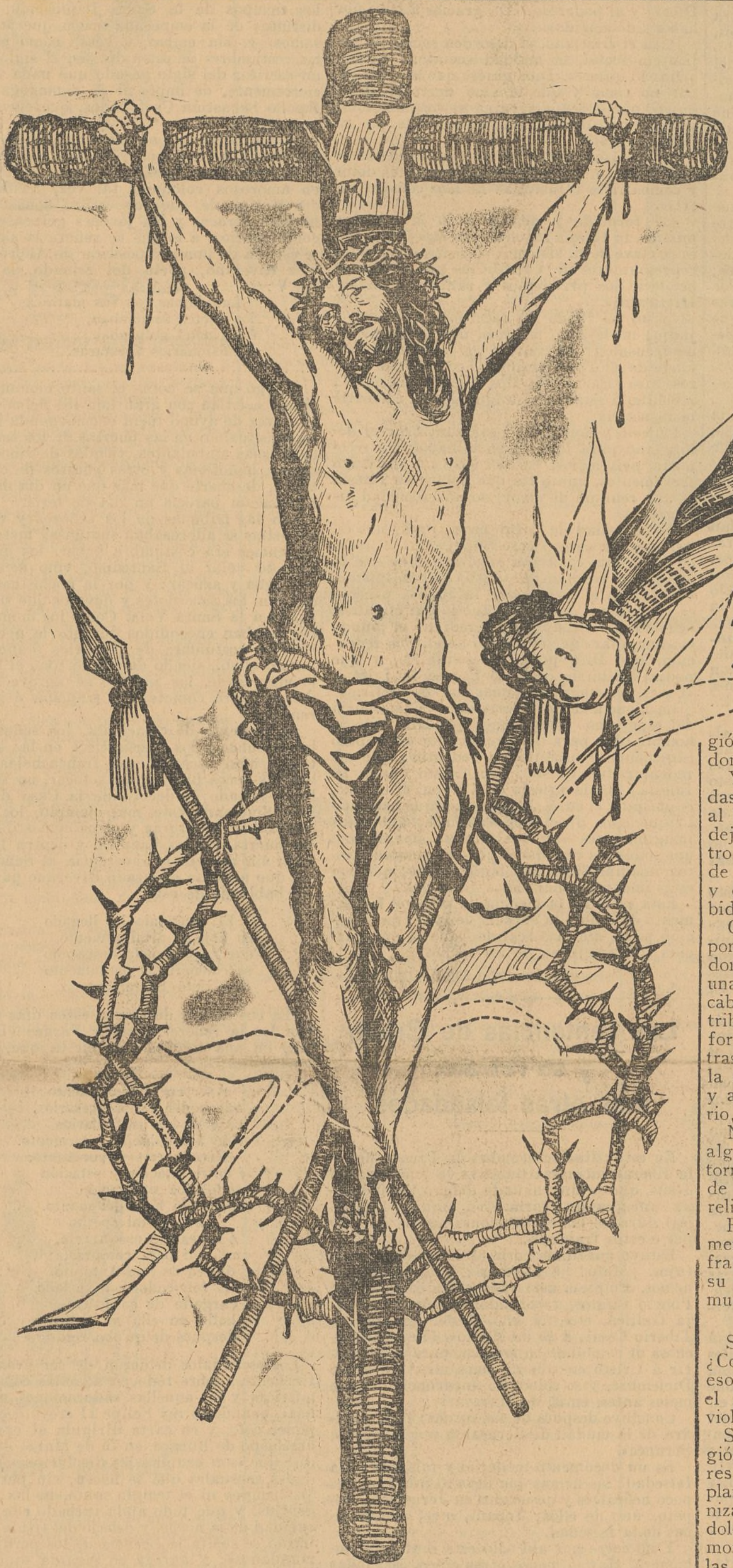
MADRID: mes, 1,50 pesetas.
PROVINCIALES: mes, DOS pesetas; trimestre, CINCO; semestre, DIEZ; año, VEINTE.
PORTUGAL y GIBRALTAR: semestre, CINCO francos; año, VEINTICINCO.
OTROS PAISES: año, CUARENTA francos.

Anuncios ordinarios, según factura.—Idem especiales, precios convencionales.—Idem telegráficos, gratis á los suscriptores, una vez al mes.
TELEFONO 1.321

EL RADICAL

Diario Republicano

VIERNES SANTO



gión de sangre y de muerte, cuyo fundador fuese un justiciero.

Y ese patíbulo nos ha de seguir por todas partes. Apenas nacidos, nos trazan, al bautizarnos, su figura, que ya no nos dejará ni en la muerte; ha de señalar nuestro sepulcro, como si condenados á la pena de cruz hubiéramos pasado la existencia y crucificados hubiéramos al fin sucumbido.

Cuando nos confirman en la fe, nos imponen la cruz; cuando dicen que nos perdonan nuestros pecados, ó que nos dan una bendición; cuando nos permiten, al cabo de una lucha titánica y de onerosos tributos, unirnos á la mujer amada, la forma de ese patíbulo se cierne sobre nuestras cabezas humilladas; enfermos, nos la dibujan con aceite en nuestro cuerpo, y aun para premiarnos algún acto meritorio, nos la fijan en el vestido...

No podemos librarnos de ella en parte alguna. Allí, sobre los pináculos de las torres, descuella y todo lo domina, en señal de que á ella clavados vivimos por una religión de sangre y de dolores.

Hay un abismo de amarguras y una tremenda amenaza de sufrimientos en esta frase, con la cual la Iglesia nos intima su sentencia de crucifixión en vida y en muerte:

¡O cruz, ave, spes unica!

Salve, ¡oh, cruz!, única esperanza. Conque no podemos esperar más que eso, un patíbulo, el signo, el recuerdo, el instrumento de torturas y de muerte violenta?

Sólo eso, y ello no más, ha dado la religión de la cruz al mundo. Sobre los dolores propios de nuestra condición en el planeta, que lejos de combatir, ha canonizado en concepto de necesarios, otros dolores que nos obliga á irrogarnos; otras mortificaciones artificiales, y además de las contiendas humanas por la vida y de las tiranías de la fuerza, otras contiendas tiranías de la fuerza, otras contiendas aún más cruentas, las religiosas, y otros despotismos aun más insufribles, los dogmáticos; y como si fueran pocos obstáculos los naturales, de ella nos vienen los obstáculos del sacerdocio, férreos, casi insuperables.

Cruz, has ensombrecido y ensangrentado la Tierra; llevas cerca de diez y ocho siglos haciendo derramar sangre y lágrimas, oprimiendo, persiguiendo, creando remoras, divisiones y odios; llenando de espanto los cerebros, y de adustez, de aversión á la vida, al hombre y á la Naturaleza, los corazones; porque dondequiera les sale al paso el ejecutado sobre tus brazos, él y su familia, sus discípulos, convertidos en nuestros ejecutores.

¿Era esa la redención? ¿De qué? ¿Y qué nos ha traído bueno, grande, bello? ¿No es más lo que ha destruido y sigue arrasando? Si no muere clavado en tu madero, ¡oh cruz! el Nazareno, ó no nace, se hallaría el hombre hoy en peor condición sobre este mundo?

Contesta, porque tus ministros y explotadores ya no se atreven ni á oír esta pregunta, que les hace temblar en su íntima y secreta convicción de que tras de ti no hay otra cosa que un inmenso error, una ilusión de enfermos, una locura, una pesadilla de la humanidad en su infancia. ¡Infeliz! ¡tema ya medio hecho su camino, cuando un tirano permitió que hombres extraños, vesánicos, venidos de la miseria Judea, la enloquecieran y, ya demente, se puso á desandar lo adelantado, cargada con la cruz á cuestas! ¿Cuándo, cuándo, especie humana, acabarás de volver en tu juicio perdido?

Como respuesta resuena á lo lejos en las afueras del poblado el canto plañidero y siniestro de la última procesión nocturna:

¡Perdón, oh Dios mío!
Perdón y piedad...

Y desde las gradas de la cruz al distante resplandor amarillento de los cirios, véanse las figuras patibularias de los encapuzados nazarenos y penitentes, que llevan imágenes ensangrentadas.

Pasan; sus voces se pierden gradualmente; vuelve el silencio; la cruz enhiesta y rígida como en actitud de reto, allí está muda, mientras la luna, impasible, prosigue en su curso y las estrellas flamean sobre el azul. Quién sabe si desde algún planeta más viejo y adelantado nos contemplan con asombro y... nos compadecen: dignos, sin duda, somos de una lástima desdenosa.

José FERRANDIZ

Saqueo de juderías

Era sabido: en aquellos tiempos de fe ciega, cuya memoria no se borra de nuestros ultramontanos, en sonando el toque de «Gloria»! ¡A la matanza! Los «fasos», los «fasos»! ¡Muerte á los «fasos»! gritaban los mansos cristianos de Cataluña.

En Mallorca se llamaban, y, ¡oh, fuerza vital de las sagradas tradiciones!, se llamaban todavía «los chuetas» la raza de Maura; tan bien había que asesinarlos al toque de «Gloria»! ¡lo mismo que en Navarra á los «agotes»; que si agotes y chuetas no eran precisamente judíos, sino descendientes de ellos y los primeros procedían de los cristianos Albigenses, el clero hizo que judíos parecieran, propagando que descendían de Gaietzi el avariento y legendario criado del profeta Eliseo, que no existió jamás.

Y donde no tenían ninguno de estos nombres, los católicos les llamaban judíos simplemente, para pedirles dinero prestado durante todo el año y asesinarlos al robarlos de paso cristianamente, en cuanto la campaña tocaba á «Gloria in excelsis».

Ello es que el cristiano necesitaba matar á alguien para festejar á Cristo, y que la Iglesia no puede vivir cómodamente sin una raza maldita, blanco donde descargar la santa ira que heredó precisamente... de los judíos. ¡Oh raza extraña, egoísta, soberbia á la vez que rastrera, brutal y torpe! Bien caro pagas el delito, no de haber matado á un Dios imposible, absurdo, que sólo pueden concebir los dementes, sino de habernos hecho de un desgraciado inocente un Dios de sangre como el de Moisés! He ahí vuestro crimen, que nunca la humanidad exonerará bastante.

El ultramontanismo siente la nostalgia de esas matanzas populares y de la hoguera; no puede existir bien sin ellas, las desea, las canoniza, y si hoy no las practica más fervorosamente aún, débese ¡ay! á que no le dejan; si le dejaran, la raza maldita no le falta; no; está ahí «el liberal», que es para nuestros neos peor que el judío, ya lo dicen, y que el chuetas, y que el agote, y que todas las castas espúreas por juro de católica tradición. Maura ha creído limpiarse de «chuetismo» renegando de toda idea liberal.

Si esos frailes que han predicado esta curesma y esta Semana Santa muerte y exterminio contra los liberales, diciendo que ni agua se les debe dar aunque se los vea muertos de sed; si esos energúmenos con capucha hallaran un pueblo dócil á sus sangrientas sugestiones y que no tuviera que temer á un ejército noble y valiente, ¿no serían matanzas las que veríamos en España en pleno siglo XX?

El fervor clerical y católico necesita el odio; el odio necesita la sangre; la sangre circula por seres humanos; pero los hay débiles y los hay fuertes, que se defienden: el fervor prefiere á los que se dejan matar, bien por conciencia de su desamparo, bien por hallarse maniatados, ó por cobardía.

Aquella «noble» lucha entre el señor feudal, armado de punta en blanco, y el «peche-ro» plebeyo sin otra defensa que un palo, es genuinamente católica y clerical, y subsistirá mientras haya clericalismo.

¡Que muera el judío! ¡Que muera el hereje! ¡Que muera el liberal!, es el grito sempiterno de Roma y de sus esclavos. Las fuerzas materiales se le han concluido; el odio, empero, se le ha aumentado en razón directa de su impotencia.

Si el clericalismo hubiera de dar rienda suelta á su odio, no habría en el mundo leña bastante para tanto quemar, ni acero para tanto degollar.

Era admirable el talento de la Iglesia en suggestionar al pueblo embaucado para que incendiara, robara y asesinara, y continuar ella pareciendo mansa y pacífica. A nadie le dijo nunca: «Mata, y aun á veces excomulgaba por fórmula con la boca chiquita al asesino, al oneroso de los judíos; solía pronunciar sus palabrejas de consideración hacia ellos; pero... al llegar al Sábado Santo, la mantanza obligada no podía faltar; eso nunca; y mientras la Iglesia tuvo influencia decisiva sobre los pueblos, los

pueblos se entregaron á estas hecatombas, que no cesaron hasta que no empezó el ocaso del imperio de los Papas.

En tiempos modernos, el pueblo cristiano creyente, no pudiendo ya matar judíos de carne y hueso, los mataba, los destruía en efígie, la práctica misma de la Inquisición, que cuando se le escapaba algún hereje, lo quemaba «en figura» (así á San Ignacio de Loyola); hacia el pueblo peleles, aun los hace en algunos lugares, les llamaba Judas, los acribillaba, los arrojaba al fuego en Sábado Santo, y aporreaba las puertas, disparaba armas de fuego que á veces hacían blanco en algún «liberalote»...

La verdad es que nada favorecía mejor estas expansiones populares que las seis semanas de la cuaresma y los días de la Semana Santa pasados bajo la presión excesiva de un rigorismo aplastante, de predicaciones contra «el pueblo deicida», de hipócritas intenciones sobre los padecimientos del Cristo... Y en razón de aquella calculada fuerza opresiva, tenía que estar el estallido.

Hay quien cree que todo esto pasó para no volver. ¡Ilusión! Ahí está la cuestión Dreyfus, que no fué posible hasta que no recobró León XIII la influencia papal en la República francesa. Ahí están los conatos de matanzas antisemitas en Argel, en Austria, en Hungría; ahí está el odio de los mallorquines á los chuetas, recordado á medida que el clericalismo crece en las Balears, y si no se persigue á los agotes en Navarra, es porque ya no los hay, se extinguieron; pero ocupan su puesto los liberales.

Hoy, por fortuna, todavía tasea la Iglesia el freno y tiene que sentir el pie del mundo liberal (ya que no de la España) sobre su cuello agarrotado; mas no hay que olvidarlo, que sería criminal insensatez, en su ahorramiento mismo sigue padeciendo la nostalgia de la hoguera, del puñal, de la matanza, y ansía cantar otro «Te Deum», como el que siguió á la San Bartolomé francesa. Si lograra romper el freno que la oprime, volverían, acaso con más furia, las guerras de religión, los saqueos de juderías, las matanzas de judíos y de liberales confundidos en bloque; la Inquisición y todos los horrores sin los cuales el poder pontificio continúa creyendo que no puede existir tranquilo.

Esta reconquista de la hoguera, tan soñada, es la que hoy produce el clericalismo; la que no conseguirá si no se la damos hecha los liberales á fuerza de abdicaciones insensatas, de torpezas criminales y de una cobardía leporina sin ejemplo en el mundo: al tiempo.

UN CLERIGO DE ESTA CORTE

No es posible que las mixtificaciones cristianas sean sinceras.

Al contarlas sus autores, parecen como que quisieran decirnos: Sabemos muy bien que nuestros argumentos son estúpidos ó inaceptables, realmente miserables; pero les son suficientes á los interesados que los presentan, y continuarán siendo buenos, mientras la Iglesia pueda repartir empleos y pensiones.

DAVID FEDERICO STRAUSS

Lo que no sufrió Jesús

SONETO

Sufrió Nuestro Señor tormentos crueles y soportó entre duras aflicciones gran baldón, mas no todos los baldones; hiel bebió, pero no todas las hieles. Ni por pleitesía anduvo entre papeles, ni tuvo que pagar contribuciones, ni cayó entre doce amigos seis bribones, ni cayó entre usureros ó Luzbeles. Ni aguantó literarios desatinos, ni en la vida fumó de lo estancado, ni un casero importóle tres pepinos. Ni cargó con el chopo del soldado, ni vivió en una casa de vecinos; y, vaya el colmo ya: ¡ni fue casado!

Francisco RODRIGUEZ MARIN
De la Academia de la Lengua

No; la salvación del hombre, la posibilidad de que él cumpla su destino y conquiste de este modo una medida proporcional de felicidad, no pueden depender del conocimiento de hechos, que un hombre entre mil es capaz de someter á un examen serio y profundo, y tocante á los cuales ese hombre mismo no podrá jamás llegar á un resultado indiscutible.

REIMARUS

La humanidad crucificada

Había transcurrido el Viernes Santo luctuoso y negro desde su principio con la Pasión y el homenaje á la cruz; por la tarde, con los templos sumidos en la oscuridad; en el coro el canto lúgubre de las tinieblas después del sermón de la Agonía y de la Lanzada; en las calles, procesiones de encapuchados y de efígies dolorosas, que pasaban entre una multitud compungida.

¡Oh! esto oprime demasiado el espíritu, lo fatiga, lo enerva; ¿qué? no pesan ya sobre la terrenal existencia bastantes angustias ineludibles, para que aún nos creemos artificial y voluntariamente otras sin objeto? Aun siendo verdad que el Galileo hubiera muerto por salvarnos con su doctrina moral, ¿por qué torturarnos con el recuerdo de aquel suplicio, cuando lo esencial, lo necesario, es atenernos á tal doctrina y observar esa moral?

¿Acaso los filósofos, para seguir por la senda ética de Sócrates y los astrónomos para utilizar los inventos ópticos de Galileo, necesitan entregarse, casi de continuo, á remembranzas tristes, á reflexiones, lecturas y prácticas mortificantes, pavoroso recuerdo de la trágica muerte del uno y de la inicua persecución sufrida por el otro? Si amamos á Jesús, debe sernos repulsivo su horrendo suplicio.

Salgamos de la ciudad. ¡Oh grandeza de los campos!, no te alteran ni deprimen las preocupaciones de los mortales. ¡Bella noche! Brilla en su lleno la luna sobre este pedazo de tierra, cuando en ella todos parecen apesadumados. lo mismo que si estuvieran alegres, y allá en la parte de cielo menos alumbrada, tal cual estrella

de las primeras magnitudes lanza sus destellos diamantinos hoy como ayer, como antes de que naciera el Cristo, y de que el hombre pisara este planeta exiguo, y como antes de que empezara él á existir. ¿Qué son para la inmensa majestad del Cosmos las ideas, los dolores, las alegrías, las ilusiones ó creencias y las locuras de los pigmeos, habitantes de uno de tantos pedruscos semiesféricos, ambulantes en derredor de su respectivo centro de atracción?

Pasarán los siglos y las miríadas de ellos; perecerán muchos planetas con sus seres inteligentes y surgirán otros en los que dará comienzo la vida de humanidad nuevas; caerán dinastías y razas, sistemas y civilizaciones, dogmas y filosofías; ciudades y naciones serán ruinas sobre las que otras naciones levantarán sus moradas, y el Universo continuará su augusta existencia incommovible y misteriosa...

En la encrucijada que forman dos sendas y un camino se alza vetusta la cruz de piedra. Su negra silueta, á medias herida por la luna, que produce uno de los efectos que tanto amaba Rembrandt, es una aparición imponente en esta hora.

Una gran cruz aislada en medio de la soledad silenciosa de los campos ó en las alturas de los montes, algo tiene siempre de terrorífico para los espíritus delicados. Si, ya te contemplo; eres el signo del dolor, que el sacerdote, para entenebrecer la vida, no contento con hacerlo adorar en el templo, traelo aquí en plena naturaleza, para que turbe nuestras menguadas alegrías. Al fin no eres más que un patíbulo. Se basa la religión que representas en un supuesto delito del primer hombre y llega á su más esplendorosa manifestación en la escena horrible de un cadalso. Ahí vinieron á parar los sangrientos delirios de un pueblo tan miserable como cruel y sanguinario: á producir una reli-

DE SEVILLA

Cuatro verdades amargas

Nos hemos habituado a oír hablar con desmedido universal elogio de la Semana Santa sevillana, como única en el mundo, y no nos fijamos en otra cosa. Nadie ha parado mientes, o si lo ha hecho no lo ha participado al público, en si debajo de tanta ostentación hay algo irreligioso o inmoral digno de represión y de censura.

Un libro, y bueno, se podría hacer con la Semana Santa esa; nadie lo ha escrito. A muchos ha detenido la consideración de no mostrar al mundo lacras españolas; á otros, el miedo de navegar contra corriente; á no pocos, el de disgustar y aun perjudicar á los sevillanos, tirando piedras á su vanidad insensata y á sus intereses. ¡Lástima de libro, siempre sin hacer! Si tuviera una Semana Santa de respiro para ir á estudiar á Sevilla en tales días, dijo una vez el P. Ferrándiz, ese libro no tardara en aparecer.

Todos tenemos idea, eso sí, de que la Semana Mayor en Sevilla ofrece una serie homogénea de actos religiosos más ó menos brillantes y teatrales pero religiosos, sino una casi continua exhibición heterogénea de comparsas y de objetos destinados á atraer al forastero, para explotarlo.

Se conoce, si no, el aparato de trenes económicos, ida y vuelta, subvenciones del Ayuntamiento y demás recursos de fiesta y de feria. ¿Para qué estas cosas con motivo de lo más triste que contiene el culto católico, que es la Semana Santa?

Pero lo que llega á ser costumbre se eterniza y se legitima, por disparatado que sea. No los sevillanos, la mayoría de los españoles se enorgullecen con esas orgías callejeras de la ciudad del Betis, y al ver que acuden á ellas tantos extranjeros, acaban por envanecerse de que se verifiquen, sin darse cuenta de que van allí los ingleses, franceses, alemanes y americanos, á estudiarnos en concepto de país salvaje y á reírse de nosotros; de paso, un poquito de prostitución no sienta mal en primavera, cuando hierve la sangre, y Sevilla, que esto no ignora, sabe proceder en consecuencia, y vamos sacando el dinero.

Ya habíamos oído juicios de varios españoles ilustrados sobre la Semana Santa de Sevilla; también la opinión de algún extranjero protestante, desde luego sospechosa, dada la rigidez del culto de esa comunión. Queríamos escuchar algo más, lo que pensara un extranjero competente y... católico. El año pasado, por Pascua, dimos cosa lo deseado: un inglés católico ferviente como que era sacerdote, hombre que había corrido mucho mundo y estudiado infinitas cosas que solemos despreciar los de por acá. Verle á su vuelta de Sevilla, con las impresiones frescas de la Semana Santa, y abordarle, todo fué uno.

—Usted, preguntó—no se ofenderán si les digo todo mi sentir? Porque no quisiera... la verdad...

—Oh, en manera alguna! Si era lo que deseábamos con gran ardor!

—Pues bien; allí he estado; es la tercera vez, y ya creo haberlo conocido todo á mi satisfacción. Digo, pues, que si un día Sevilla se convirtiera al catolicismo, no le faltan elementos para hacer una Semana Santa muy notable.

—Pero, reverendo, ¿convertirse al catolicismo esa ciudad?

—Lo dicho, y con pleno convencimiento. Sevilla no es católica, ni cristiana siquiera, ni sabe lo que es catolicismo, ni lo que es cristianismo. Realmente, no tiene religión alguna; el espíritu religioso de sus gentes, porque ese es connatural en el hombre, se engolfó en un conjunto de creencias absurdas y contradictorias, en que predominan la sensualidad y la sensiblería más extravíasadas e ignorantes; pero tales creencias no son cristianas más que en la forma, tienen cosas que ver con la dogmática del catolicismo.

Además, impera una rutina desequilibrada, más absurda que la de cualquier otra región española, y las he visitado casi todas. En Semana Santa, lo primero que noté fué ese desequilibrio, por predominio de la vanidad y la sensiblería, sobre la fe y los ritos. Me explicaré.

Todo el culto está en la calle; por lo tanto, se trata de funciones no rituales, sino populares y toleradas. Y mientras en éstas, que se suceden con una continuidad abrumadora, día y noche, se desfilan lo indecible, en las iglesias apenas hay Oficios y culto oficial, es decir, lo esencial, lo primero, lo indispensable, lo establecido, lo realmente religioso; y eso poco que se hace es tan pobre, tan mal practicado, tan deficiente, que hiela el corazón del que tiene fe. Sólo en la Catedral se celebran con pompa los Oficios, pero es pompa la suya también dislocada é incorrecta.

¿Han oído ustedes hablar de la Virgen tal y el Cristo cual? Les habrán dicho que «sacras» (es el verbo consagrado para este caso), que salen envueltos en oro, en pedrería, en luz, en terciopelo, en raso, acompañados de nazarenos lujosamente ataviados con sedas, encajes, corones y cintas. Verdad es; pero nadie dice que ese Cristo y esa Virgen pasan el resto del año en una capilla trastera, cubiertos de guñapos, sin un cirio, sin una lámpara, llenos de polvo y por ninguno mirados, lo mismo que las piezas de una decoración de teatro arrinconadas en espera de la representación para que fueron hechas. ¿Puede ser esto más significativo?

La nota saliente de la Semana Santa sevillana es el personalismo, vanidoso y rebelde á toda prescripción ritual ó canónica. En vez de acumular tantos elementos como aportan las cofradías, éstas proceden con un exclusivismo brutal. Cada una forma una sola procesión á distinta hora y saliendo de un templo; pero ha de ser con un lujo loco, en competencia y rivalidad con el de otras hermandades; la que no puede llegar aquí, «no sale»; y las demás se burlan de su pobreza; lo he visto.

El caso es «salir». Pero hay cofradías que lo son de advocaciones de la Virgen, por ejemplo, que ninguna relación tienen con la Semana Santa, como la Macarena (Nuestra Señora de la Esperanza), la Concepción, etcétera. No importa; lo esencial es «salir»; y allí va la Concepción á la calle, alegre y luciente con su traje azul, en compañía de un Jesús azotado ó con la cruz á cuestas. ¿Estaría bueno que la Concepción no «se luciera» en Semana Santa, teniendo dinero su cofradía? ¡Si no hay otra época mejor en el año! ¡Pura vanidad majadería!

Y las cofradías «se lucen», y en ellas cada hermano «se luce» con su traje vistosísimo, lujoso y profano, de nazareno, que quiere decir penitente; pero envuelto en raso, lleno de cintas y de cordones de oro. Y la vecina guapa que hace parar el paso para entonar una «saeta» en tono plañidero de árabe cantinela, «se luce» también, y «se luce» el que

guía el paso con voces militares de mando... En tanto, en los templos de Sevilla, todos menos dos ó tres, pobrísimos, feos, destarados, ruinosos por dentro y por fuera, ó no hay Oficios ni sermón, ni nada, ó aquellos son peores que los de la aldea más miserable. Por supuesto, nadie ayuna, ni come de vigilia. En la calle todo el mundo masca salchichón, emparedados, jamón, dulce, mantecados; se obsequia la gente con golosinas á toda hora, se hace el amor sin rebozo, se exhibe un lujo extremado «para lucirse», para hacerse contemplar, y no hay cara en que se vea el menor afecto religioso adecuado á la Semana Santa de los dolores del Salvador.

No falta quien llora al ver el Jesús de un «paso», y en cuanto lo pierde de vista rie con toda la boca porque Fulana ó Menganita iba hecha un adelfo, y su novio el nazareno miraba más á Zutanita. Pero ya llega otro paso: «Mira, mira! la «Virgen en sus lágrimas» (¡donoso y sensiblero título!); vuelta á llorar; una saeta! ¡marchen! y otra vez á reír, á decir ocurrencias, á escuchar y contestar requiebros; los hombres, á fumar y decir chicolos á las mujeres.

Señores, si esto es cristiano, cuanto menos católico, ustedes me lo dirán. Le dijimos, no sin cierto pesar, que tenía mucha razón, porque no en Sevilla únicamente, en toda España lo que hay es rutina, paganismo, hipocresía egoísta, una vanidad espantable, todo, menos religión; ¿qué sabemos aquí lo que es eso? Nos basta con la forma, y ésta dislocada.

EL DEVOTO PARLANTE

Un problema religioso

A los periódicos neos y á los de monjes

Estábamos profundamente preocupados en vísperas de Semana Santa por saber una cosa de gran interés para la humanidad. El misterio es éste: ¿Con qué llenarán los «soi disant» semanarios ilustrados y los periódicos neos las ilustradas páginas de sus números sacro-literarios de dicha Semana Mayor?

Ya está todo agotado. Los pasos de Sevilla, los de Murcia, los cuadros y las imágenes de todas las celebridades, la sentencia de Cristo, las curiosidades y el relato mismo de la pasión, las costumbres, los ritos, los monumentos, las tradiciones más ó menos falsas, las antiguallas y supersticiones, los mínimos detalles, como la medida del pie de Cristo y del cuello de Judas, la altura del árbol donde se ahorcó éste, los clavos, la lanza, el sudario, las trece Caras de Dios, la de Pilatos, el «Inri» auténtico, las poesías melosas á lo Pérez Nieva, Salvador Rueda ó Menéndez Pidal; las majaderías firmadas por los obispos, las tradiciones del «Stabat» y del «Vexilla», la Semana Santa en Roma, en Colonia y en Belchite, «los improperios», todo, todo ha salido ya á luz en los años de decadencia de la regencia, todo está manido como las hojas del Cónon en el Misal. No se puede recurrir á Bastón ni á otro autor, pues todos están estrujados; la crítica ¡ah! esa es imposible á nuestros queridos e ilustrados colegas fidelísimos aliados de la reacción y del carlismo; queda para nosotros los radicales. ¿Qué hacer? ¿Qué servirá en este año? «Ecco il problema» para nuestra intriga curiosidad.

En un diario de Valencia ya dijo cierto escritor notabilísimo: «Sobrevino con la regencia el boñismo. Crece, prospera, brilla «Blanco y Negro». Es el semanario que sintetiza la época del gangosismo al hablar, de la rigidez al moverse, de la hoja de parra, los Padres de familia, la virtud seca, intolerante, automática como la de la hoja de parra; es periódico que pueden hojear las niñas más recatadas y que no hace torcer el gesto al director espiritual de la familia; es en fin «Gaceta» de donña Virtudes y órgano de la alta cursilería. De la media es órgano «El Nuevo Mundo».

La gente no lee estos periódicos; mira sus «monjes» y los colecciones. Si esto es verdad, se comprende la ausencia de toda crítica y la limitación á sólo aquello que guste á los gazmoños: pero, agotado eso, ¿de qué echar mano? Para otro año vamos á proponer á los estimados colegas una novedad: resolver las contradicciones más salientes entre los cuatro relatos evangélicos de la Pasión y de la Resurrección de Cristo. Los fieles lo agradecerán infinito, porque así podrán contestar victoriosamente á los argumentos de la impiedad.

La cuestión es esta: Los cuatro Evangelios son igualmente inspirados por el Espíritu Santo, Dios; los cuatro igualmente verdaderos é infalibles por completo, puesto que el Espíritu Santo no puede inspirar el error. Pero cuando dos ó más dicen cosas contradictorias, no todos pueden decir la verdad; alguno ha de errar ó mentir. En esas cuatro relaciones, todas verdaderas é infalibles, hay, sin embargo, lugares que se contradicen, como estos:

San Mateo y San Marcos dicen que Jesús fué preso y llevado á Caifás la noche del jueves, y por la mañana del viernes á Pilatos; de allí al Calvario, donde de lejos presenciaban el drama la Magdalena, María, la madre de Santiago y María Cleofé. San Lucas lo hace llevar de Caifás á Pilatos y luego á Herodes; á Pilatos de nuevo y al Calvario; las mujeres las mismas; pero San Mateo dijo que se dio al Señor vino con hiel, San Marcos vino con mirra y San Lucas no dice nada. San Juan refiere que Jesús fué preso y llevado á Anás, luego á Caifás, luego á Pilatos y de allí al Gólgota sin ver á Herodes. El vino es aquí vinagre, las mujeres la Virgen María, no citada por los otros, Magdalena y Cleofé. San Juan no habla de tinieblas ni de terremoto, y dice que el drama se verificó «la víspera de la Pascua», esto es el jueves.

Resucitando el Señor el domingo al amanecer, sepultado el viernes al anochecer, no estuvo en el sepulcro tres días, según El mismo profetizará. Al enterrarlo, según unos evangelistas, lo envuelven en una sábana; otro dice que además lo perfuman; San Juan, que lo embalsaman, como á todos, envuelto en tiras de lienzo.

He aquí las dificultades á resolver en un trabajo erudito y lucido, advirtiendo que es inútil revolver libros, porque los comentaristas, los intérpretes, los hermeneutas, etcétera, hasta hoy no han dicho nada satisfactorio. Quien lo diga se cubre de gloria. Conque ¡sirve! Pues á ello, que nuestra idea al indicarlo no puede ser más desinteresada.

UN SACRISTAN QUE VE CLARO

Muchas veces he tropezado con los frenéticos cristianos y siempre que en las discusiones los he apretado de firme, se han visto obligados á confesar sus ruindades y lo vacío y falso de sus doctrinas.

CELISO

¡Cristo ha muerto!

Un estremecimiento de las entrañas de la tierra conmovió un día al mundo antiguo.

Los árboles gimieron en los bosques, agitando sus melancólicas hojas como plañideras desahucadas; un viento fúnebre rizo los lazos y la superficie azul y luminosa del mar clásico que había arrullado durante siglos en las playas griegas los diálogos de los poetas y los filósofos. Un lamento de muerte rasgó el espacio, llegando á los oídos de todos los hombres. «El gran Pan ha muerto!...» Las sirenas se sumergieron para siempre en las glaucas profundidades, las ninfas huyeron desahucadas á las entrañas de la tierra para no volver jamás, y los templos, blancos, que cantaban como himnos de nármol la alegría de la vida bajo el torrente de oro del sol, se entenebrecieron, sumiéndose en el silencio augusto de las ruinas. «Cristo ha nacido», gritó la misma voz. Y el mundo fué ciego para todo lo exterior, reconcentrando su vista en el alma; y aborreció la materia como pecado vil, y oprimió los sentimientos más puros de la vida, haciendo de su amputación una virtud.

El sol siguió brillando; pero pareció menos luminoso á la humanidad, como si entre ella y el astro se interpusiera un velo fúnebre. La Naturaleza continuó su obra creadora, insensible á las locuras de los hombres; pero éstos no amaron otras flores que las que transparentaban la luz en las vidrieras de las ojivas, ni admiraron más árboles que las palmeras de piedra que sostenían las bóvedas de las catedrales. Venus ocultó sus desahucados de mármol en las ruinas del incendio, esperando renacer tras un sueño de siglos, bajo el arado del rústico.

El tipo de belleza fué la virgen infecunda y enferma, y enflaquecida por el ayuno; la religiosa, pálida, desmayada como el lirio que sostenían sus manos de cera, con los ojos lacrimosos, agrandados por el éxtasis y el dolor de cultos cílicos.

El negro ensueño había durado siglos. Los hombres, renegando de la Naturaleza, habían buscado en la privación, en la vida torturada y deforme, en la divinización del dolor, el remedio de sus males, la fraternidad ansiada, creyendo que la esperanza del cielo y la caridad en la tierra bastarían para la felicidad de los cristianos.

Y he aquí que el mismo lamento que anunció la muerte del gran Dios de la Naturaleza, volvía á sonar como si reglamentase, con intervalos de siglos, las grandes mutaciones de la vida humana. «Cristo ha muerto!...»

Si, ha muerto hace tiempo. Todas las almas ajenas este grito misterioso en sus momentos de desesperación. En vano suenan las campanas cada año anunciando que Cristo resucita... Resucita sólo para los que viven de su herencia. Los que sienten hambre de justicia y esperan miles de años la redención, saben que están bien muertos y que no volverá, como vuelven las frías y veleidosas divinidades griegas.

Los hombres, siguiéndole, no habían visto un horizonte nuevo: habían caminado por senderos desconocidos. Sólo cambiaban el exterior y el nombre de las cosas. La humanidad contemplaba á la luz cenicienta de una religión que maldice la vida, lo que antes había visto en la inocencia de la infancia. El esclavo redimido por Cristo era ahora el asalariado moderno, con su derecho á morir de hambre, sin el pan y el centavo de agua que su antecesor encontraba en la ergástula. Los mercederos arrojados del templo tenían asegurada la entrada en la gloria eterna y eran los sostenes de toda virtud. Los privilegiados hablaban del reino de los cielos como de un placer más que añadir á los que ya gozaban sobre la tierra. Los príncipes excitaban al hombre del pueblo en nombre de cosas que no conoce, á matar á otros hombres que ningún daño le han hecho, á permanecer horas y horas en un foso, rodeado de los horrores de la guerra moderna, peleando con un enemigo invisible por la distancia, viendo caer destrozados miles de semejantes bajo la granizada de acero y el estallido de las negras esferas, también pensaba con estremecimiento de disimulado terror: «Cristo ha muerto!...»

Si, bien muerto estaba. Su vida no había servido para aliviar uno solo de los males que afligen á los humanos. En cambio había causado á los pobres un daño incalculable prediciéndoles la humildad, infiltrando en sus espíritus la sumisión, la creencia del premio en un mundo mejor. El envilecimiento de la limosna y la esperanza de justicia ultraterrena habían conservado á los infelices en su miseria por miles de años. Los que viven á la sombra de la injusticia, por mucho que adoren al Crucificado no le agradecerán bastante sus oficios de guardián durante diez y nueve siglos.

Pero los infelices sacudían ya su atonía: á Dios era un cadáver. No más resignación. Ante el Cristo muerto había que acallar el ruido de la Vida. El cadáver inmenso aun pesaba sobre la tierra; pero las muchedumbres, engañadas, se agitaban ya, dispuestas á sepultarle. Por todos lados se oían los ruidos del mundo nuevo que acababa de nacer. La Poesía que profetizó vagamente la llegada de Cristo, anunciaba ahora la aparición del gran Redentor, que no había de necerarse en la debilidad de un hombre, sino que encarnaría en la inmensa masa de los desheredados, de los tristes, con el nombre de Rebelión.

Los hombres comenzaban de nuevo su marcha hacia la fraternidad, el ideal de Cristo; pero abominando de la masedumbre, despreciando la limosna por envilecedora é inútil. A cada cual lo suyo, sin concesiones, que legrían, ni privilegios, que despertaban el odio. La verdadera fraternidad era la Justicia social.

Vicente BLASCO IBÁÑEZ

Jesús existió ó no? Creo que ningún historiógrafo hace mención de él, ni siquiera Josefo. Nadie habla de las tinieblas que cubrieron la Tierra en el momento de su muerte. Mi opinión está formada: no creo que Jesús haya existido.

NAPOLEON

Espejismo católico

Prescindamos de analizar la verdad histórica y razonable. Para nuestro caso, existe rica y el verdadero carácter moral del cristianismo y su razonabilidad. Para nuestro caso, existe en la fantasía popular, que apenas tiene de él los rasgos esenciales. Ese concepto es bastante elástico.

Cristianismo, completamente fantástico, es la religión del sufrimiento. El pueblo cristiano no sabe mucho de él. Y quién no sufre? Esto es lo bastante. La universalidad del dolor ha sido el vehículo para la universalidad del cristianismo.

Esta es la parte «benéfica» del cristianismo: hacer creer al afligido que el dolor es

un tesoro, un don de Dios, que «prueba á los suyos». Pero esta resignación y mortificación tiene una parte inmoral y corruptora. Por lo mismo que el mal es un bien, el dolor es un placer y la abyección un honor, el cristianismo no se preocupa de combatir el dolor ni de extirpar el mal ajeno.

Ante el enfermo, el sacerdote se encoge de hombros y murmura con estúpida mueca de piedad: «Cosa de Dios...» Dichoso él... Así espía sus delitos y gana el cielo...

Pero el cristianismo entraña otra desdicha. Para el rico, Dios es el que le da el poder y la riqueza... Dios ha consagrado con el éxito los orígenes, poco limpios, de la riqueza y del poder. El sacerdote dice á los vasallos: «Someteos á la injusticia para adorar á Dios»; y al poderoso: «Da gracias á Dios por haber sido elegido»...

Para el cristiano, el desorden social, la injusticia social, la maldad social no existe: «Dios lo quiere». Dios quiere que el trabajador no coma y que el amo derroche. Dios quiere que el señor arruine al vasallo. Rousseau lo ha demostrado claramente en su «Acto social».

El marasmo social es la consecuencia de este espíritu. ¿A qué luchar contra el dolor y combatir la injusticia? Es más cómodo sufrir.

Así formado y generalizado el espíritu místico, la Iglesia inventó otro espejismo, que es la clave de su sistema: «Nosotros somos los representantes de Cristo: los que hemos de bendecir los privilegios y santificar los sufrimientos».

Cristo no fundó un sacerdocio, derribó el judío; no levantó templos, deseo destruir el de Jerusalén; no honró á los eclesiásticos, se burló de ellos; no estableció ceremonias y rezos, hizo escarnio de ellos. Vino á enseñar la rebeldía, á establecer la igualdad, á combatir la injusticia.

Pecado y murió, no para santificar el dolor, sino para hacerlo abominable; no reconoció privilegios, los derogó; no instituyó sacramentos, anuló los que había; su Iglesia es una reunión de amor, no una sociedad organizada.

La necesidad de la Iglesia es, pues, otro espejismo. La «fe»... otro «espejismo». «Creer» en la Iglesia cristiana es «imaginar» que la Iglesia ha recibido de Cristo alguna misión. «Creer» en el Cristo que la Iglesia predica es «imaginar» que Cristo fué lo que ella dice. «Creer» que Cristo vino á redimir el mundo es «imaginar» que el mundo necesitaba redención, que Dios podía no redimirle, y que podía redimirlo como lo cuenta la Iglesia. «Creer» es «imaginar», imaginar es fingir.

La ciencia de la fe cristiana es la ciencia del espejismo. Imaginemos que Dios hizo al hombre libre para que pecara; que al fin pecó libremente y necesitó un redentor; que ese redentor fué Cristo; que Cristo murió por la Iglesia; que la Iglesia es el Papa, el papa, el obispo y el cura. Imaginemos que haciendo lo que ellos dicen nos salvamos; que estas imaginaciones son realidades; imaginemos que todas las realidades que se opongan á estas imaginaciones son imaginarias; que con estas imaginaciones somos infalibles.

Esta es la fe, la ciencia de la fe, el fundamento de la fe y la eficacia de la fe: imaginación pura, sin más realidad que la imaginación del espejismo de los sueños.

Segismundo PEY ORDEIX

Las sentencias de Cristo y su retrato, mas otras falsedades

En estos días acostumbra la Prensa nea y la liberal rutinaria publicar la sentencia de Jesús, que se dice hallada dentro de una urna antigua de mármol en Aquila (Nápoles) durante las excavaciones hechas en 1720 por ciertos franceses.

Estuvo guardada en la sacristía de los carteros. ¡Melo! ¿Fraleitos? Pues fraude tenemos. Empezar así: «Sentencia dictada por Poncio Pilatos, gobernador regente de la baja Galilea, etc., el año 17 del imperio de Tiberio César, á 25 de Marzo». (Fecha sospechosa de combinación mística, para hacer morir á Cristo en día 25, pues nació en 25 de Diciembre, y se coloca su encarnación nueve meses antes, en 25 de Marzo...)

Concluye después de las firmas: «Jesús saldrá de la ciudad de Jerusalén por la puerta Strunce».

Es un documento moderno y falso de toda falsedad; las firmas que lleva al pie, nombres poco hebraicos y desusados en Jerusalén: Copeto, uno de ellos; Tobani, otro, son pruebas de la falsedad.

Y no corre por ahí sólo esta sentencia embustería. Hay lo menos otras cinco, casi todas traducidas del francés ó del italiano, más ó menos ingeniosas, pero todas falsas; todas han aparecido en diferentes periódicos, ya neos, ya de otros colores.

Falsos también son los retratos de Cristo; el más notable, uno que dicen hecho sobre ciencia esmeralda. No es menos ficticia la descripción de la persona de Jesús, que se pretende haber sido enviada por el consúl Lepulo al emperador Octavio, en una carta hallada en los Anales romanos, y que empieza: «Lepulo á Octavio: salud. En nuestros tiempos ha aparecido...» etc.

Es una insignie impostura de los cristianos, dados como nadie á mentir y falsificar para sus fines interesados en probar lo que no fué ni se hizo. Se dedicaron muy pronto á falsificar documentos como éste y á intercalar en las copias de los libros de historiadores, ya fallecidos, como Josefo, Tácito y otros, frases que les servían y aun están sirviendo de falsos testimonios á su favor, bien que cada día menos aceptados. Las sectas cristianas, católica, cismática, protestante, copta, asiria, armenia, etc., han vivido siempre y aun viven sólo de la mentira.

En general, todo lo referente á la Pasión de Jesús, papeles y objetos, tradiciones y monumentos, todo es falso. La cruz, los clavos, la corona de espinas, el sudario, el sepulcro, la escalera, la caña con la esponja, la lanza, la sangre, los cabellos, la túnica, las ánforas, el cáliz de la Cena, las varas de azotar, las monedas de Judas, todo, absolutamente todo, es contrahecho y compuesto en la Edad Media, la época de las ficciones religiosas productivas.

La Iglesia practica un juego doble: dejar adorar esas falsedades, y si la aprietan, no responder de esa autenticidad, decir que son creencias piadosas y... siga la farsa.

Los siglos que siguen inmediatamente á la era cristiana, han sido la edad de oro de los falsarios.

Los primeros cristianos, los más sabios Padres de la Iglesia, han concedido la confianza más aturdida y torpe á obras supuestas y embusteras.

ZELLER

EN EL SIGLO XVI

Escándalos de la Semana Santa

El notable escritor «Tello Téllez», ha sacado á luz en una interesantísima búsqueda, trozos literarios, en los cuales se relatan las edificantes escenas de los días de Semana Santa en tiempos de Felipe II. Eran aquellos los tiempos de la Santa Inquisición, bien distintos de la empedrada época que atravesamos, y, sin embargo, véase cómo pintan las costumbres de estos días en el siglo XVI, un escritor del siglo pasado que nada tenía, ciertamente, de impío ni de demagogo, don Basilio Sebastián Castellanos, que cuenta lo que sigue:

«Empezados los oficios entraba todo el mundo en las iglesias, y en una amena tertulia, por decirlo así, se pasaba el tiempo en amorosos coloquios tal vez, hasta que era tiempo de que las damas sonasen las lindas matraces y los jóvenes golpeasen las confesionarios, á lo que se refiere la siguiente estrofa de una composición de Andrés Gómez Riverano, poeta del reinado de Carlos V:

Las damas con sus matraces
los azotes semejan,
é los omes golpeaban
confesionarios á estacas.

«Luego que se ponía el santo monumento, al que asistían con gran lujo los fieles, como si en vez de ayuno fuera encomendada la gula, se situaban en las puertas de los templos confiterías ambulantes, tiendas de vinos, panerías, buñolerías y otros puestos de comestibles, de suerte que más que un día de contemplación parecía un día de feria.

«En las tribunas de los señores y en las sacristías se aderezaban suntuosas mesas, en las cuales era costumbre beber, los que salían de velar al Santísimo, vino mezclado con agua y azúcar; y por la noche hacer la colación los sacerdotes y devotos que se quedaban á la Santa Vela. Como los monumentos estaban encendidos durante la noche, y hubiera costumbre de visitarlos después de puesto el sol, siendo de mucho tono el hacerlo muy tarde, los jóvenes se aprovechaban del uso para cometer mil tropelías é irreverencias.

«A pretexto de colaciones, los señores en las tribunas y los eclesiásticos en las sacristías tenían escandalosas francachelas, que muchas veces fué preciso sofocar, no sin haberse faltado al decoro de la Casa del Señor. Siguiendo este mal ejemplo, los fieles compraban confituras y otros comestibles en las puertas de los templos, y dentro los comían sin respeto ni reverencia al Señor, razón que movería al citado Riverano para decir, hablando de esto:

El escándalo ha llegado
en España á tal aumento,
que en banquete descaído
se convierte el monumento
de Cristo Sacramento.

«La costumbre de comer estos días en los templos la refiere también Vargas (D. Pedro) en una composición, en la que, entre otras cosas, dice:

Ayer en el monumento
que ponen los mercenarios,
cargada de escupulios
vide á mi dueño é tormento.
Rezaba con fervor santo,
é entre estación y estación
endulzaba su oración
comiendo bajo del manto.
Viendo su tal apetito
é descaído osequiarla,
me salí para comprarla
dulces de San Antonio.
É volviéndome á su lado
cargado de confitura,
hallé en ella mi ventura
después de qu'obro rezado.»

Los escándalos debieron de ser grandes y frecuentes, sobre todo en aquellas comilonas místicas y en aquellas adoraciones nocturnas, cuando el rey Felipe II creyó necesario poner coto, y en carta dirigida al cardenal arzobispo de Burgos, en 19 de Marzo de 1575, dice que «son grandes las disoluciones y maldades sensuales que se hacen, sin perdonar los tiempos ni el templo santo, ni las indulgencias, y que todo anda turbado con la oscuridad de la noche, y debajo del título de religión se suelta la licencia de los perdidos y mundanos»; y agrega en seguida que pues la raíz de todo este daño toma fuerza de andar de noche en esta turbación de tiempo las mujeres, que ellas se estuviesen en sus casas y de día visitasen los templos en forma honesta...

P. Miguel MIR. S. J.

Lo débil de los argumentos, lo arbitrario de los procedimientos y la falta de rectitud y de honradez en las afirmaciones, es lo único que han encontrado los defensores de la fe cristiana para responder á las dudas propuestas por la crítica.

Una causa defendida de este modo, ¿no es una causa perdida?

COLENSO

Obispo anglicano



LOS SERMONES DE AYER

DE MANDATO



En las Recogidas

Un mamarracho anónimo

Y probablemente sería fraile, escolapio ó suelta, el indio, el mastuerzo, el bellaco, pedazo de atún. Lo digo porque este año el clero ha empezado a comprender lo imbécil de ocultar su nombre y ya este año han muchos los predicadores francos y no anónimos; los que siguen escondiendo la percha son los frailes, claro es que con opción a la mayor severidad de los críticos.

Este Campazas que predicó en las Magdalenas recogidas y debía ser escolapio, rinde buena estatura, está gordo, le reluce la grasa en el estirado cutis; no cuenta mucha edad, la de Cristo, y debe pesar bastante, porque el piso del púlpito crujía bajo sus pies, temba de que no se estaban quietos, ¡piaba acaso el buen fraile!

Se había aprendido el sermón de memoria, bien así la salta seguidito, sin matices ni reflexiones; pero era malo, cursi, pedantesco, desigual en el estilo y falto de originalidad.

Digo, no tanto; pues nos participó una novedad: Dios tiene corazón. Que lo tenía Cristo, ya era sabido; pero el zampatorras anónimo dijo que Cristo tenía corazón de Dios, y como de Dios, muy grande. La gran de era la herencia del predicador; de ahí un presunción de que pertenecía a los escolapios detestables teólogos; el corazón de Jesucristo, respetable modrego, es de hombre, nada más que de hombre: así el dogma católico; lo que no sea eso, herencia, y gorda, tan gorda como la cabezota amelonada de su reverencia.

La voz, afeminada en sus dejos, aunque no atiplada, y la acción más afeminada todavía. Una desdicha completa, señor anónimo achaparrado.

Al capellán de la casa: Su señoría no lo entiende, ignora la liturgia. Para el mandato no se puede cubrir la cruz del altar con velo blanco, y las velas han de ser amarillas. Que los escolapios de enfrente (San Antón) las ponen blancas y blanco el velo de la cruz? Naturalmente, si no saben una palabra de ritualidades y ceremonias... pero usted, que no es fraile... Cuidadito con otro.

F.



En San Pascual

¡Voto á Fuente, que después de una comida de Jueves Santo, maldita la gana que tiene un hombre, por muy creyente que sea, de ir á la iglesia, á las tres de la tarde, á oír un sermón, aunque lo predique el mismo San Pablo bajado del cielo!

Pero el deber es ante todo, y, aunque de mala gana y en los horrores de la digestión, lápiz en ristre, el cronista se dirige al templo.

Está obscuro, y no digo que huele á queso porque me va á reñir el Padre Ferrándiz, que ha recomendado una crítica imparcial, detallada y sesuda... Ya lo creo que se suda para hacerse cargo de las incoherencias que ha dicho en la tarde de ayer el Padre González Pareja en su sermón de mandato.

Pero vamos á ver. Este santo sermón empieza diciendo que tiene un tema y que lo va á desarrollar. Muy bien; cada loco con su tema, y el de este Sr. González es el de «La humildad».

¡El de la humildad! Cristo era humilde; Cristo, el compendio de todas las sabidurías, cenó con los humildes y luego los lavó los pies. ¡Bien! Ya sabíamos que fué un hombre sin pretensiones.

Y luego dice el orador: Pero hubo en el cielo un ángel que se rebeló por soberbia, y fué á parar á los abismos del infinito, envuelto en una nube de fuego, arrastrando tras de sí á la tercera parte de las estrellas.

¡Buen arrastre! No podemos seguir oyendo, señor Padre Ferrándiz, aunque usted se enfada, porque estos oradores que sientan fundamentos tan falsos para sus propagandas doctrinales, ó están locos ó quieren que resamos tontos los que les escuchamos. Yo le apuesto una cena con dos socios al amigo Pareja, á que no encontramos en ningún libro de astronomía el fenómeno ese de que las estrellas fueran arrebatadas en su tercera parte por el ángel rebelde; y como eso es una locura y una inexactitud manifiesta y una mentira á sabiendas, renuncio á seguir oyendo, con el perfecto derecho que me asiste.

Este es el mal sustancial de la religión cristiana, y no sé si de las otras. El mal fundamental de que está interpretada por hombres ignorantes ó fanáticos, y es claro, que á los paladares delicados, á las inteligencias cultivadas, les parece todo aquello de una inferioridad mental que les hace reír y bostezar.

La religión cristiana, y no sé si el de las otras, que no ha caminado con el progreso, que esos tópicos ya no convencen á nadie, que es una contradicción de la ciencia, y, como dijo el sabio, cuyo nombre no sé á ciencia cierta, porque no soy erudito, lo que no se transforma perece.

¡Cuánto mejor sería á esos oradores vacíos que abandonasen esos tonos altisonantes y predicasen á sus fieles la moral al alcance de todos, sin meterse con el firmamento y afirmar absurdos que son incompatibles con la ecuanimidad de los oyentes; y éste, quizás más que otro, entienda yo que es el fundamento de donde nació la crítica de estos días en los periódicos avanzados; porque si se predicara la moral pura, sin utopías, sería la mejor forma de descansar las plumas de los periodistas rebeldes.

Con decir que el discurso del Sr. Pareja fué anónimo, sin novedad alguna, el «cliché» de todos los años, de una oratoria monótona y chillona, y confuso por la manía de intercalar latinajos que no dan una gran fe de la erudición del orador para aquellos que estamos en el secreto; dicho esto, comprenderán nuestros lectores el sacrificio que hemos hecho de nuestras convicciones al pasar media hora escuchando al Sr. Pareja, torturando el cerebro para coger una idea de la oración pronunciada; pero el Sr. Pareja no tiene ideas ó no quiere tenerlas. El Sr. Pareja será mejor tendero de ultramarinos que predicador, y á esa profesión debe seguir dedicando sus esfuerzos, que, al fin y al cabo, son también muy lucrativos.

C. M.



En San Lorenzo

Por D. Angel Lázaro

El «repórter» se alegró de que le cupiese en suerte la «parroquia de las chinchas» para hacer la información del día, porque el «repórter» es muy madrileño y en estos barrios bajos se admira el Madrid típico, con sus mozas garbadas, chulonas, juncas y su gente apicarada, dicharachera, graciosa y ocurente.

A las tres y media en puntode la tarde la reducida iglesia de la calle del Salitre se halla atestada de gente, casi su totalidad del sexo bello.

Las desacreditadas mesas peticorias están presididas por algunas devotas viejas y feas unas, jóvenes pasables otras y hermosísimas algunas.

En la de la Casa de Socorro del distrito del Hospital hay una joven de belleza extraordinaria, atortolante.

En las bandejas sólo se ven unas cuantas perras gordas.

La caridad cristiana está en crisis.

El auditorio femenino que va á escuchar al Sr. Lázaro es de primera. Muchas mujeres, muy bonitas y ataviadas á todo lujo, luciendo la incomparable mantilla, que realza la belleza de tan encantadoras devotas.

Así da gusto. Rodeado por todas partes de mujeres hermosas, empaquetado entre juventud y belleza, sosteniendo ruda batalla con el demonio tentador de la carne. ¡San Lorenzo bendito, por tus parrillas martirizantes, ven en ayuda de este pobre «repórter» que se calina, sin tener vocación de mártir ni de santo!

Quisiera ver aquí, en mi lugar, á «Un clérigo de esta corte». Seguramente se olvidaba de la teología.

Pero el deber es lo primero, y hay que cumplir con el deber de escuchar lo que dice este Sr. Lázaro, para ver si se le puede sacar punta después y emborronar unas cuartillas que desagraden lo menos posible á Ferrándiz, que está con nosotros que echa humo, con razón, porque no damos á estas cosas la importancia que, verdaderamente tienen.

El Sr. Lázaro es de baja estatura, rechoncho, de tipo vulgar y os hermano de Felisa Lázaro, la ex notable tiple que tantas veces nos entusiasmó con sus gororitos en las romanzas del maestro Caballero.

Habla muy de prisa, y en un dos por tres nos refiere los detalles de la cena célebre, sin que en su vulgarota descripción aparezca un átomo de poesía, de idealismo.

Nos coloca el orador unos cuantos símbolos metafísicos, que nos hacen recordar que Jesús no fué en su vida ni en su muerte fundador de dogmas, ni inventor de símbolos, reduciéndose su obra, definitivamente fracasada, á ser iniciador de un nuevo espíritu que creyó llegaría á regenerar al mundo.

Sus claras y precisas sentencias recogidas de memoria por sus discípulos, no fueron dignas de las pueriles discusiones metafísicas de los doctores de la Iglesia, de las laberínticas interpretaciones que estos oradores amanerados, é incapaces de expresar ni de comprender la verdadera obra de aquel gran equivocado, predicaban en estas ocasiones.

Los que de la vida de Jesús no tengan más conocimiento que lo que oradores como este Sr. Lázaro les cuente, no comprenderán jamás la grandeza del carpintero de Galilea, el idealismo de su obra.

Pero el predicador deja pronto de ocuparse de Cristo, y nos da una conferencia ramplona é insustancial, cuya tesis es que á los niños debe enseñarse la doctrina cristiana y que los buenos católicos están obligados al sostenimiento de sus respectivos parroquias.

La cuestión es no perder el tiempo. El Sr. Lázaro quiere que seamos humildes, porque sin humildad—dice—no hay familia y sin familia no hay hogar, y sin hogar no hay cocido—exclama una chulona de aquellos barrios.

Hace el predicador para final un párrafo de latigüillo, en el que se envoca dos ó tres veces, y nos deja tranquilos.



EL SANTO CRISTO
(Catedral de Pamplona).—Escultura de Miguel Ancheta

¡Crítica de estos sermones? No es posible hacerla, ni hay para qué.

Un relato vulgar, torpe, que ridiculiza á veces lo que quiere sublimar; recomendaciones á la grey católica que suelten dinero para el culto, y defender las posiciones de la Iglesia, que no le conviene dejar de abarrotar las inteligencias infantiles con la enseñanza de un catecismo absurdo, nocivo é inhumano, para crear una humanidad humilde, ignorante, mansa, sin rebeldías ni ansias de mejoramiento, que permita á la Iglesia dominar, vivir con grandeza y esclavizar al rebaño humano, ha sido este sermón del Sr. Lázaro.

Y todo dicho sin elocuencia, ramplonamente, con torpe palabra, intercalando algunos disparates inconcebibles en persona medianamente culta.

En resumen: que jamás llegará D. Angel Lázaro, como orador sagrado, á lo que llegó su hermana Felisa como tiple.

Aunque él, inmodesta y pretenciosamente, crea otra cosa.

Pedro TORRES



En San Millán

Por el P. Julio Gracia

Son las tres de la tarde. El atrio de la clásica y castiza iglesia de San Cayetano se encuentra tomado por una legión de guardias y policías, que impiden el paso de los mendigos y mal trajeados.

Es la primera novedad que encuentro este año.

En la casa de todos se ha «reservado el derecho de admisión» como en un circulillo insignificante.

La desamitación es extraordinaria. Jamás presencié, en los treinta años que habito muy cerquita del templo, un espectáculo semejante.

¡Vamos progresando!

Con la velocidad del rayo, y para evitar malas interpretaciones de los correligionarios, penetro en la sagrada mansión del Señor, que desde muchos años viene «regentando» mi vecino D. Sandalio de la Sota.

El frío es espantoso. ¡Ni en la Siberia!

No exagero; una veintena de personas, en pie y sentadas, escuchan las palabras del amigo Gracia, que desde el púlpito y con los brazos extendidos, pronuncia palabras que no llegan á comprenderse, por efecto de una tremenda afonía.

Indudablemente, D. Julio ha pasado una mala noche.

El agradable sonido de unas monedas me hacen volver la cabeza, y contemplo un cuadro vergonzante.

Sobre una mesa y reclinado en mullidas almohadas de raso encarnado se encuentra el «padre» de Jesús.

¡Hermosa escultura! El artista, cuyo nombre ignora, echó con el cincel el crestos.

La rigidez de sus extremidades, la impresión cadavérica de su rostro y la lacerada morbilidad de sus muslos, producen el efecto de una tremenda realidad.

Una malla poco tupida, blanca, cubren las piernas del cadáver, y por entre el tejido de aquella se perciben las líneas de sus piernas.

Dos doncellas se ruborizan ante el muerto; pero obligadas por una señora que las acompaña, pasan cerca de él y se enteran de lo que á su edad nada les importa.

Después ingresan en la fila y depositan dos sonoros besos en los pies de Jesús, donde acababa de hacerlo un leproso.

Un viejecito sufre un golpe de tos y al

arrojar el esputo en el suelo, es amonestado, como medida de higiene, por un sacristán. Unas voces destempladas y aguadentosas me hacen comprender que el simpático Julito Gracia sigue perorando.

Después se incorpora sobre la baranda del púlpito, se agarra fuertemente con la mano izquierda á ella y levantando la diestra, dramáticamente, exclama:

—¡Hermanos! ¡Amaos los unos á los otros!

¡No dejéis que sea perturbada la paz conyugal por persona alguna!

Seguid cumpliendo como siempre las disposiciones testamentarias de Jesús!

En una pausa, un ruido sospechoso alarma á varios de los oyentes.

Un fuerte y desagradable olorcillo produce los efectos de un cañonazo en el grueso de un ejército.

Es la acción del bacalao y de las acelgas que campa por sus respetos.

Y abandono el recinto sagrado, asqueado de la mentira que todas estas ceremonias representan.

PEPE MADRILES



En las Salesas de Chamberí

Por un P. jesuita

¡Jesuita y se oculta!
¡Si será Fita!

¡Oh! ¡Si él fuera, presidente de la Academia de la Historia que lo han hecho, cómo lo iba yo á poner! Porque de seguro nos colaría el sermón de Mandato que ya nos sabemos de memoria, y pobres de sus posaderas bajo el poder de mis disciplinas.

Esto pensaba el cronista, llamémosnos así, mientras las monjas canturreaban con el tonillo horrible que les prescribe su estúpida regla, las antifonas del Mandato. Luego, el curita Guíjarro, pajarraco de cuenta, más viejo que un palmar y más ladino que un zorro, se puso á recitar las oraciones con voz cascada. Y el predicador, ¿dónde está?

¡Por qué no sale!

De pronto se levanta de entre los sacristanes un sotana y sube al púlpito. Ahí le tenemos, no es Fita; ¡qué lástima! Es un hombre alto y fornido, con la cara de boyero más perfecta supponible. Tiene la nariz torcida, la figura desgarbada, los rasgos de ente adocenado y un si es no es grotesco. (Ojo, cajistas, no vayan á componer «grotesco»; grotesco he escrito; pero si erraseis, errata únicamente de imprenta cometeríais.)

Y empieza el jesuita su sermón previo, el recitado, «sotto voce», del tema, el eterno tema: Os doy un mandato nuevo, etc.

Cierro los ojos; la ilusión entonces es completa: estoy escuchando á una tía de pueblo que habla en un corro con las vecinas y comadres. Abro los ojos: ¡Ah!, quien ahora habla es el tío «Pos, pos», el tarjoso de mi pueblo, pero con ademanes de tía de villorrio.

¡Qué dice! Las mismas vaciedades y lugares comunes que exhortarían á Dato ó La Cierva ó una señora católica de la almohada, ya machucha (la señora, no la almohada).

Pero entre tanta paja y cebada, con su alfalfa de rigor, algo hubo notable: que el precepto de amarnos era nuevo en tiempo de Cristo; no se había conocido antes en el mundo (sic). ¡Hombre! ¡De modo que la ley divina anterior no mandaba amar? Y el quinto precepto, que prohibía odiar, ¡era moco de pavo, ó religión de jesuita, ó canturreo de monja salesa!

Y cuando el tío «Pos pos» ignaciano tartamudeaba con más entusiasmo sobre la humildad de Cristo pensó acaso que llevaba mucho tiempo de charla, y de un golletez remató la suerte.

El sermón había durado justos veinticinco minutos.

Y en todo ese tiempo el jesuita no insultó á nadie ni se acordó de que había política! Se lo agradezcáis con toda el alma.

UN SACRISTÁN DE REEMPLAZO



En San José

Por D. Joaquín Lázaro

¡Jesús me valga!, dije yo para mis adentros al traspasar los umbrales de este templo, cediendo el derecho de preferencia á una de esas coquetonas mujeres de mantilla de blonda y golpe de flores que, derramando gracia y haciendo sus exuberantes formas, llegan ante el respetuoso monumento provocativas y seductoras, capaces de tentar, no digo yo al casto José, sino al propio San Antonio y al mismísimo Job, si es que alguno de estos caballeros hubiese tenido la dicha de codearse con ellas.

La iglesia se las trae: las tinieblas rigen los destinos de las naves laterales, donde repetidas parejas de fieles se entregan á las

naturales oraciones de penitencia. A veces se oyen frases entrecortadas de verdadero amor religioso y algún que otro suspiro, que, aunque tenue, parece de repetición por el efecto natural del eco de las paredes.

A la izquierda distingo una rubia, de cuerpo flexible y ondulaciones comprometedoras, que custodia con la fuerza de sus ardientes ojos una bandeja admirablemente surtida de billetes y monedas de plata, cantidad, según el cartel, destinada al Asilo de huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.

¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!... Con una mujer así, ¿qué duda cabe que no hay mortal incapaz de hacer una obra de caridad?

Mientras pienso en la belleza de aquella beata, y cumpliendo con mis deberes reporteriles, llevo hasta la sacristía, donde un cura de ojos hundidos bajo unas gafas doradas y cara de ayuno diario, me recibe.

—Buenas tardes. Usted sería tan amable que hiciera el favor de decirme cómo se llama el predicador de esta tarde?

—D. Joaquín Lázaro—me responde mi interlocutor.

—Ah!... ¡Pues no decían que era D. Eugenio Redondo?

—Sí, señor; pero se ha marchado.

—¿Se ha marchado?

El «pater», que por lo visto ha comprendido soy un radical formidable, guarda silencio, y á estas horas continúa ignorando hasta dónde habrá rodado el padre Redondo.

Cinco minutos más tarde había abandonado aquel lóbrego recinto para situarme tras de la encantadora beata de cabellos rubios que contemplara al entrar en la conocida casa de Dios.

Los dos nos mirábamos, protegidos por la sonrisa de un guardia, cuando una voz débil exclamó: «¡Hijos míos!». Rápidamente volví la cabeza y pude ver cómo en el púlpito el hombre de las gafas doradas y cuerpo escuálido que antes me dijera se llamaba el predicador D. Joaquín Lázaro, daba comienzo al sermón de Mandato, abriendo los brazos como si tratara de coger las moscas que en aquel momento ante él se hallaban.

El padre Lázaro habla con bastante dificultad, equivocándose continuamente, y nos larga un exordio tan vulgar y deficiente, que consigo que, excepto una jamona que se halla entregada á los brazos de Morfeo, todos los demás se marchen, quedando sólo los encargados del cepillo y las de las mesas peticorias.

Momentos más tarde, yo también, cogiendo mi sombrero y después de hacer una reverencia ante la imagen de la rubia y hermosa mujer que junto á mí estaba, eché á andar con dirección á la calle, cuando un: «¡Tened paz con Dios y quedad con Dios», dicho con cierta energía, me impresionó de tal manera, que me vi en la obligación de ver cómo el referido «pater» descendía la escalera que conduce al púlpito, penetrando de nuevo en la sacristía, acompañado de un muchacho que momentos antes le indicara, por medio de una seña, que allá dentro le esperaba algo... algo que á mi parecer debía ser una cosa así como chocolate con bizcochos.

PASTORCITO



En la Catedral

El canónigo Lectoral

A la hora en punto me dirijo á la iglesia que me encomendaron.

La calle de Alcalá está atractiva y deslumbrante de mujeres vistosas y apetecibles. La abandono tristemente, pensando en las dulzuras de los paseantes sin obligaciones religiosas ni periodísticas.

Llego á la catedral, y tras no pocos esfuerzos, logro penetrar.

El canónigo Lectoral está ya hablando. Al verle en el púlpito me parece que lleva sobre su cabeza una mitra de papel y que se mueve y agita como si fuese un obispo.

Pero no hay tal. Ha sido una ilusión óptica y nada más. Acaso como las que él acaricia en su tranquilo hogar.

El buen canónigo nos habla de los tormentos y amarguras que padeció Cristo. ¡Pobre Redentor! No sé qué suplicio es mayor si las amarguras sufridas en Jerusalén ó las glosas de este canónigo pretencioso.

Pobre de palabra, torpe en el concepto y monótono en el sonsonete, va narrando el calvario que sufriría el hijo de María, la mujer del carpintero de Nazareth.

No dice nada digno de mención. Vulgaridad tras vulgaridad, desliza su sermón, lamentando que el «tornabíl» corazón de la humanidad no sepa apreciar aquel acto sublime de abnegación y sufrimiento.

Yo, francamente, me aburro. La oratoria aplomante del Lectoral no se aviene con la digestión y me está revolviendo las tripas. Me decido á salir, y antes dirijo una mirada al altar mayor. El obispo duerme tranquilamente; los demás también duermen... Salgo con las mismas apreturas que entré, maldiciendo además por la mala suerte que tengo todos los años. Cada vez me toca un predicador más despreciable.

Unas mozas ríen con algazara estrepitosa á mi lado.

—¿Qué pasa?—las pregunto.

—Lea usted, lea usted—y me señalan un cepillo que, con letras blancas, está empotrado en la pared.

—Para el culto de San Isidro...

—Fíjese, hombre, fíjese—me dicen.

—Ah, vamos! Es que han tapado la t...

Q.

El estudio de los textos me ha probado que todas las religiones positivas se fundan sobre el fraude.

Estos fraudes son evidentes y para el espíritu humano una vergüenza. Es un deber denunciarlos, abatirlos, reducir al silencio á los que los explotan, sin creer en ellos.

SALOMON REINACH

EN EL DOLOR CALVARIOS

La multitud se agolpa
frente al pórtico austero de la iglesia.
Sale la procesión pausadamente...
La muchedumbre reza...

Tachonado está el cielo
de lucidas estrellas...

El Salvador, atado a la columna,
las calles atraviesa...
Entre lanzas judías
prisionero le llevan...

La procesión desfila muy despacio...
Con aire triste los timbales sueñan...
En los balcones brillan luminarias...
Focan lúgubremente las cenefas...

Oh, Nazareno, cuánto
dolor por causa nuestra...
Cuanto tormento, cuánto sacrificio
y cuántas herejías te rodean...

La procesión avanza lentamente...
La muchedumbre reza...
Una fila de flejes, alumbraando,
marcha por cada acera...

Oh, víctima del Gólgota,
víctima de la vil canalla hebrea...
Oh, Divino Maestro,
que ante las amenazas te prosternas,
sin que tus labios lividos
musiten una queja...

Siendo el Dios hecho Hombre,
el Dios augusto de la Omnipotencia,
el soberano Dios del libre arbitrio,
del poder y la fuerza,
¡por qué no confundiste
a los que escarnecieron tu existencia,
en un rasgo sublime
de divina soberbia,
en un impulso altivo, sacrosanto,
de gallarda y viril Magnificencia,
en un arranque excelso
de cólera suprema!

Hubiese sido un ímpetu glorioso,
digno de tu grandeza...

Sarca el ambiente cálido
una larga «saeta»,
cuyo eco melancólico, monótono,
en el aire por un momento tiembla...

El Salvador, atado a la columna,
las calles atraviesa...
Entre afiladas picas
custodiado le llevan...

Ah, Mártir del Calvario,
mártir de la cruel canalla hebrea...
Tu ideal fue un delirio!
Mi ideal fue también otra quimera...
Dos utopías, dos ensueños locos,
dos ambiciones ciegas...

Yo comprendo, Señor, tu sacrificio,
comprendo tu tristeza,
comprendo el «Via Crucis» angustioso
de tu Pasión siniestra,
comprendo tu profundo sufrimiento
y tu amargura inmensa,
al verte profanado
por las hordas plebeyas
que ávidas de tu sangre generosa
a mansalva te hirieron...

Comprendo todo el colosal suplicio
de tus horas postreras...

Pero mis sufrimientos
a los tuyos superan...
Mucho más prolongada es mi agonía,
mucho más insondable mi tristeza,
más dura mi calvario,
más honda mi tragedia,
y mi vida más árida,
y mi Pasión más negra...

Tú estuviste un instante a la columna
amarrado entre cuerdas...
Pero mis sufrimientos
a los tuyos superan...

Mucho más prolongada es mi agonía,
mucho más insubordable mi tristeza,
más dura mi Calvario,
más honda mi tragedia,
mi Vida más árida
y mi Pasión más negra,
porque yo, sin martirios flagelantes,
sin trabas y sin cuerdas,
estoy, estuve y estaré por siempre
atado a la columna de mis penas...

Manuel CAMACHO BENEFITEZ
Marzo 1913.

El Stabat Mater

¿Quién fue su autor?—La verdad sobre
esta composición.—Esbozo de estudio
crítico.

Se ha cacareado mucho el mérito literario
y la sublimidad de conceptos del «Stabat
Mater», canto planidero de los dolores de
María.

Desgraciadamente, esta composición juz-
gada a través de cristales de aumento cató-
licos por sus críticos optimistas y sectarios des-
preciable, no merece tantos elogios.

Examinada imparcialmente a la luz de un
criterio justo, aunque no sea muy severo,
la poesía en cuestión aparece con todos los
signos de la decadente latinidad de la Edad
Media y de la poesía mística más extraviada.
Ni sus pensamientos, ni sus frases, ni el
proceso y enlace de su discurso ofrecen nada
que se parezca a una verdadera poesía la-
tina clásica, ni aun a los himnos, también
decadentes, de Prudencio, de San Ambrosio
y de otros que escribieron versos en los pri-
meros siglos del cristianismo.

En su factura métrica, por demás irregu-
lar, se ve ante todo el sonsonete inoportu-
nista y bastardo de los poetas absolutos,
extraños a la métrica latina; rima primiti-
va y grosera que hacía las delicias de los
cristianos medievales.

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

GORDON ORDAS

Guzmán, sastre

ha trasladado su antigua y acreditada sastrería de la calle de Preciados, á la calle de Tetuán, 30, pral., frente al Frontón Central.

ALTAS NOVEDADES HECHURA DE TRAJE, 35 PESETAS

EL DOLOR VENCIDO



KALMINE

Específico del elemento dolor sea cual fuere su causa

Jaquecas, Neuralgia, Dolores de cabeza, Dolores de muelas, Reumatismo, Fiebres, Lumbagos

NO SE RESISTE NUNCA A LA PRIMERA O SEGUNDA TOMA DE KALMINE

P. METARDIER

Laboratorio Médico Farmacológico.—TOURS AGENTE PARA ESPAÑA. E. YSEER

Se vende: Madrid, Farmacia Borrell, Puerta del Sol, 5 y principales Farmacias. Al por mayor: PEREZ MARTIN y Compañía, ALCALA, 9.—MADRID

EL GLOBULO ROJO

El linfatismo, anemia, debilidad general, raquitismo y cuantas enfermedades procedan de sangre viciada, se curan con este poderoso tónico reconstituyente á base de hierro. VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS A 5 PESETAS, FRASCO

ANTINERVIOSO HOWARD

O TONICIDAD DEL SISTEMA NERVIOSO

NEURASTENICOS! NERVIOSOS! No olvidar que existe este ANTINERVIOSO de preparación científica tan camorada, conocida y fácil de tomar, como no hay otro medicamento. Os curará. Recházese toda caja que no sea de lata y marca del nombre de sus depositarios PEREZ MARTIN Y COMPAÑIA.

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS A 4 PESETAS CAJA

Pastillas Crespo DE MENTOL Y COCAINA

La enorme molestia que ocasiona la TOSE se evita tomando estas pastillas sin rival, y sólo desmenuzando los positivos efectos por no haberlas probado, explica haya quien no las use. Son tan agradables al paladar como una golosina. Tienen la inmensa ventaja de no resaca de opio y sus compuestos; no ensucian el estómago; quitan la inflamación de las membranas y las desinfectan. Sólo dos pastillas atenúan la tos mas ruidosa y constante la hacen desaparecer.

Venta en todas partes, á pesetas 1,50 caja

DEPOSITARIOS POR MAYOR DE ESTOS PREPARADOS: PEREZ, MARTIN Y COMPAÑIA, ALCALA, 9, MADRID

Para buenos impresos,

sellos de caucho

y placas esmaltadas,

calle de la Encomienda, 20



Pedid folletos al autor LUIS CIVIL, Carretas, 22.
1,75 y 3 pesetas.
Farmacias, en frascos de 1,25,
Vendese en las principales
VI Congreso Dental Español.
patada CIVIL, premiada en el
Usad el agua oxigenada bo-
fectada la boca y garganta?
enciás; y perfectamente desin-
ca la dentadura; sonrosadas las
Queréis tener limpia y blan-

Se admiten anuncios en esta Administración

Sociedad General de Industria y Comercio

Compañía anónima domiciliada en Bilbao

CAPITAL: 25.000.000 DE PESETAS

Fábricas en VIZCAYA (Zuazo, Luchana, Elorrieta y Guturribay), OVIEDO (La Manjoya), MADRID, SEVILLA (El Empalme), CARTAGENA, BARCELONA (Badalona), MALAGA, CACERES (Aldea-Moret) y LISBOA (Tráfaria).

ACIDOS Y PRODUCTOS QUIMICOS

Superfosfato de cal. Sulfato de amoníaco. Acido sulfúrico co-
Superfosfato de huesos. Sulfato de sosa. rriente.
Nitrato de sosa. Glicerinas. Acido sulfúrico anhidro.
Sales de potasa. Acido nítrico. Acido clorhídrico.

ABONOS COMPUESTOS y primeras materias para toda clase de cultivos, adecuados á todos los terrenos.—LABORATORIOS para el análisis gratuito y completo de los terrenos y determinación de los mejores abonos. (Madrid, Villanueva, 11.)—SERVICIO AGRONÓMICO importantísimo para el empleo racional de los abonos, bajo la alta inspección del eminente agrónomo Excmo. Sr. D. LUIS GRANDEAU.

AVISO IMPORTANTE.—Píñase á la Sociedad la Guía práctica para sacar las muestras de las tierras, á fin de que se pueda determinar cuál es el abono conveniente.—Los pedidos deberán dirigirse á MADRID, Villanueva, 11, ó al domicilio social. Dirección telegráfica: GEINCO.

REBAJA DE PRECIOS

en las

antracitas de LA CALERA

	Ptas.	Ptas.
Antracita gruesa para calefacciones...	3	Qd. 63 Tda.
Antracita número 3.....	3,20	» 66 »
Antracita galletilla Salamandras.....	3,50	» 70 »
Antracita grano especial.....	2,50	» 50 »

LA CALERA, Magdalena, 1, ent. Teléfono 532

Regalo á los lectores de El Radical

Las obras completas de Bretón de los Herreros

Cupón-vale

Con la presentación de este VALE se entregarán en la Administración de EL RADICAL, O'Donnell, 6, por

Quince pesetas

los cinco tomos en folio que contienen las "Obras completas" de Bretón de los Herreros.

MUEBLES DE LUJO Y ECONOMICOS EL CENTRO

UN LIBRO NUEVO

Nociones de Economía Política y Social

Conferencias dadas en el Círculo Radical de Madrid por

Alvaro Calzado

De venta en las principales librerías

y en esta Redacción, O'Donnell, 6

Precio: DOS pesetas

Usted puede ganar 10 ptas.

DIARIAS vendiendo á sus amistades postales que la casa REYES-BOSTAL, salda á muy bajo precio; son las existencias de dos fábricas alemanas, compradas en la feria de Leipzig; hay millares de asuntos y modelos todos de gran novedad.

OCASION PARA VENDEDORES DE POSTALES Por 65 ptas., envío libre de gastos, un millar de postales surtidas en brillos, platinos, caricaturas grotescas y fantasías. Los pedidos, acompañados de su importe, dirijanse á A. REYES MORENO, Fuencarral, 2, MADRID.

Agencia de publicidad COLOMINA Sucesor de STORR

La más antigua de Madrid

Anuncios, reclamos, esquelas, noticias, aniversarios

Pídanse presupuestos con combinaciones, que se envían gratis

10, Fuencarral, 10.—Teléfono 805

SE VENDE papel viejo. En la Administración de este periódico darán razón ::

MAQUINAS

NUEVAS Y USADAS

Hay siempre á disposición gran variedad de máquinas como:

Cálderas de vapor.

Motores de gas.

Idem á gas pobre.

Dinamos eléctricos.

Motores eléctricos.

Instalaciones de luz.

Automóviles de buques.

Marcas, nuevos y usados.

Máquinaria para trigo.

Centrífuga para separar cereales.

Máquina para fabricar azúcar.

Grados.

Presas para vías.

Triladoras.

Presas para acueductos, etc., etc.

DIBUJO Y PINTURA

RETRATOS

al óleo desde 15 pesetas

por fotogr. al natural; al

crayón, 5 pesetas; ampliaciones iluminadas al óleo,

10 pesetas.

LECCIONES: Dibujo y pintura, desde 5 pesetas.

SANTIAGO RUSINOL.

Paisaje, copia espléndida,

1 por 1 metros, 100 pts.

SIMONET.—El Sermón de la Montaña, 3 por 1,20

metros, pesetas, 225.

CARLOS HAES.—Paisaje, 1,50 por 1,20 metros,

pesetas 150.

Rueda, en esta Administración.

Todo de ocasión

Alhajas de todas clases

Mantones de Manila desde 15

á 1.500 pesetas

Mantillas de casco y velos

tohalla desde 5 pesetas

Relojes garantizados á 3,25

y toda clase de ropas

y artículos para regalos.

Tudescos, 39 y 41, tienda

(FRENTE A LA DE HITA)

Grageas keráticas del yoduro potásico calcinado

DE A. COPEL

Curan reumatismo en general, gota, escrófula, arteriosclerosis y diversos humores de la sangre. El yoduro potásico es el depurativo y regulador del corazón más duradero é inofensivo. Estas GRAGEAS son la mejor forma de tomarlo sin notar el mal sabor ni sufrir el menor accidente en las vías digestivas, debido á su calcinación.

Barquillo, 1, farmacia—MADRID

FABRICA DE CORBATAS

Géneros de punto, camisas

Guantes, pañuelos

Elegancia. Gran surtido

Precio fijo. Economía

12, CAPELLANES, 12

Motores eléctricos

Cipriano Móstoles

Relatores, 10, 12 y 14

Casa recomendada por sus trabajos de instalación y arreglos.